



John Berger:

Imaginar

La Gaya ciencia

EL PENSAMIENTO DE LA MUERTE

Me produce un placer melancólico vivir en medio de esta confusión de callejuelas, de necesidades, de voces: ¡cuánta alegría, cuánta impaciencia, cuántos anhelos, cuánta vida sedienta y ebria de vida se produce aquí a cada momento del día! Y sin embargo, ¡para todos estos seres alborotadores, vividores y ansiosos de vivir, se hará pronto el silencio! ¡Cómo vemos alzarse detrás de cada uno de ellos a esa oscura compañera suya de viaje que es su sombra! Ocurre siempre como en el último momento que precede a la partida de un barco de emigrantes: tienen más cosas que decirse que nunca, el tiempo apremia, el océano espera impaciente detrás de todo ese alboroto con su profundo silencio ¡tan lleno de ansia, tan seguro de su presa! Y todos, todos piensan que la vida vivida hasta entonces no es nada o poca cosa, que el futuro próximo lo será todo: ¡de ahí esa prisa, esos gritos, esa forma de ensordecerse y de engañarse! Cada uno quiere ser el primero en ese futuro ¡y sin embargo, la muerte y el silencio de la muerte constituyen la única certeza, la única suerte común apenas haya ejercido alguna influencia en los hombres y que la experiencia de la confraternidad de la muerte, sea su sentimiento más distante! ¡Me alegra ver que los hombres se niegan totalmente a pensar en la muerte; ¡Y contribuiría gustoso a hacerles pensar en la vida que es cien veces más digna de que se piense en ella!

SOBRE LA ULTIMA HORA

Las tempestades son un peligro para mí: ¿tendré mi tempestad a la que sucumbiré, como sucumbió Oliver Cromwell a la suya? ¿O me apagaré como una antorcha que no espera a que el viento la apague, sino que se consume cansada y harta de sí misma? ¿O acabaré soplándome a mí mismo, para no consumirme?

MI PERRO

He puesto nombre a mi dolor y le llamo perro: es tan fiel, tan inoportuno y desvergonzado, tan divertido e inteligente como cualquier perro: puedo reírle y descargar en él mi mal humor como hacen otros con sus perros, sus criados o sus mujeres.

Friedrich Nietzsche. (1844-1900).
Filósofo alemán.

En la Place du Tertre, detrás del Sacré-Coeur, que domina el perfil norte de París, decenas de pintores exponen sus pinturas del Sena, de Notre Dame, de los bulevares. Pinturas baratas, kitsch, hechas al óleo. No son del todo falsas, sin embargo. Las intenciones del arte pobre suelen ser más amables que las del gran arte. Uno que otro turista compra una tela de tanto en tanto, pero el negocio más interesante es el de los retratos.

Paseándose entre las mesas de café de la pequeña place, otros pintores abordan educadamente a los turistas del extranjero y de las provincias. Un dibujo en carbonilla o Conté, mientras esperan. El precio no excede los cien dólares. Un número sorprendente de turistas aceptan, posan en una esquina durante un cuarto de hora, pagan y se van felices. ¿Por qué?

La respuesta nos conduce a otra pregunta. ¿Qué buscan los visitantes de las galerías de arte en todo el mundo? ¿Apreciar el arte. No lo creo. Se diga que quienes visitan los grandes museos quieren ver a los habitantes de otros tiempos, quieren ver a los muertos. Del mismo modo, los turistas que posan, inmóviles durante un largo cuarto de hora en una acera de la Place du Tertre, creen que su imagen, si ha sido "captada", perdurará en el futuro, durante la vejez, hasta llegar a sus nietos. Cien dólares por estar allí cuando los ángeles vengan marchando, no es un precio demasiado alto.

Lo irrisorio de este negocio es la insinuación cuidadosamente alentada de que los retratos que se pintan en la Place du Tertre han sido de alguna manera "autenticados" por Renoir, Van Gogh, Utrillo, Picasso y todos los otros grandes pintores que, hace medio siglo o más, trabajaron y bebiéron y pasaron hambre en el mismo barrio, a pocos metros de la pequeña place. El punto, se diría, se vincula a la crítica de arte más que a la especulación ontológica que suponen que la imagen, una vez captada, conlleva el misterio del Ser.

El misterio de París. ¿Cómo es posible captar una imagen de la ciudad, dibujarla? No ya la imagen oficial, acuñada en las monedas de la historia. Algo más íntimo. La fecha de mi nacimiento indica que fui concebido en un hotel en algún lugar entre la Madeleine y la Ópera.

La Madeleine fue muy admirada durante su construcción en el siglo XIX porque se parecía a un banco más que a una iglesia. Era un monumento a lo mundano que guardaba una considerable distancia respecto de la imagen original de la Magdalena lavando los pies cubiertos de polvo del predicador. Hoy en día, su interior se asemeja más bien a un depósito semivacío de promesas públicas que nunca se cumplieron.

Prefero pensar que el hotel en 1926 estaba más cerca de la Ópera. Quizás donde hoy, dos pisos más abajo, en el subsuelo, hay un "tè danzante" abierto todas las tardes. Las luces estroboscópicas de colores giran en círculo; la pared de espejos a un lado de la pista refleja a los bailarines. La música es retro: vales, tangos, foxtrots. Es una cueva de aladino de brillos demodés, donde el tiempo, las fechas, la edad se hacen a un lado (sin olvidarse) entre las 4 y las 7 de la tarde.

Hombres de una cierta edad con rajes de buen corte van allí a descansar y a bailar con mujeres que nunca antes han visto. Las mujeres, más jóvenes, graciosas y un tanto decepcionadas de la vida, van allí con la esperanza de encontrar un viudo amable. No son prostitutas. Sueñan con llegar a ser esposas o amantes comprensivas. Hay un bar, pero casi nadie bebe. El placer principal es el baile, y todos bailan excepcionalmente bien.

Tanto las mujeres como los hombres se jactan de cierta experiencia en afrontar la vida sin grandes ilusiones. Hay en esa experiencia algo del típico amaneramiento parisino. Un toque de elegancia. Conmueve comprobar que, entre las 4 y las 7 de la tarde, entrelazada en los compases de la música, útil a una esperanza irracional que persiste.

En 1926, cuando fui concebido, yo era una esperanza perfumada de dulces ilusiones, sin ninguna experiencia previa, ya que mis padres no eran parisinos. Para ellos, París era apenas una luna de miel. Para mí, es la capital del país en el que he vivido durante veinticinco años. Y, sin embargo, aquello

que distingue a París de otros mundos es demasiado. ¿Cómo podría hablarlo?

Tomemos el primer metro después de las horas de una mañana de golondrinas. Todavía no han visto los árboles. Un pequeño matiz de apartamentos. Los suburbios particulares. Es posible encontrar algunos que pintaron los impresos, provisionales, como si hubieran sido de contrabando. Margot, palabra "marginal" se pusiese a recortar el seto de su pequeño jardincito, todavía en pijamas. Colmenas. Un despacho de hamburguesas que no ha abierto todavía impregnado del olor a aceite del día anterior. Los parisinos ricos no viven en los suburbios: viven en el centro. Tomemos el tren.

No hay mucho tránsito todavía. Los autos estacionados en las calles parecen silenciosos autómatas de juguete, en una esquina el aroma a croissants frescos inunda el aire desde una pastelería. Es la hora de vestirse. En una verdulería dos hombres acomodan la fruta y la verdura como si fuese un hombre en un café mira con interés en el periódico de la mañana. El café que le sirven en seguida.

¿Dónde está la toalla, Mamán?

Me asalta esta pregunta extraña, es lo más parecido al interminable edificio son su amoblamiento, las calles, galerías, los bulevares, casa de dos siglos, rica, burguesa de salir y cerrar la puerta de la centro.

El gran número de pequeños, constituye el personal que están allí día y noche para el mantenimiento. Sus habilidades modo curioso: tallado y escultura, sastrería y albañilería, pasamanería y pintura. París es una manía urbana, los más amoblados de París.

Basta echar un vistazo al museo en la Rue Raynouard, nada extravagante. Por el color encerrado, empapado, embudo haría sentir claustrofobia a cualquier Y, sin embargo, se ajusta perfectamente: las novelas de Balzac, corazón humano, del destino, para todas esas fuerzas en batalla está en las camas, al lado de lo que se produce en París es una maravillosa luz plateada del engracada.

¿Quién vive en esa mansión?